

A los intelectuales españoles

= Envío de J. M. =

Compañeros:

La actitud de la intelectualidad española frente a la realidad política de los últimos años, nos da ocasión y ánimos para dirigirnos a ustedes en demanda de una acción que, con nuevo y generoso sentido de los deberes cívicos, tanto interesa a España como a Cuba.

No pueden ignorar ustedes que en estos momentos se ultima en Madrid un monumento a Cuba y al General Machado. El Gobierno del General Primo de Rivera, reincidiendo en el vacío hispano-americanismo oficial—manto de más de un interés ilegítimo y oportunidad de grotescas vanidades—patrocinó el proyecto de erigir ese monumento. Las adulaciones lamentables que en Cuba y en España tienen el poder trabajaron con miras de pequeño egoísmo en esa inoportuna glorificación. Si una labor enérgica no lo impide, verá Madrid honrado de manera extraordinaria a uno de los presidentes americanos que merece, con más títulos, la repulsa y la condenación de los pechos honrados.

Representante, desde su exaltación al alto cargo, de las más reaccionarias corrientes y de los más desatentados despotismos, el período de gobierno del General Machado se ha distinguido por el diario ataque, no ya a los derechos individuales sino a los más elementales respetos humanos. En los últimos tiempos, ante la protesta firmísima de todo el pueblo cubano, la incivildad y la violencia no han conocido límites. Poseído de la furia de los dictadores iletrados contra la enseñanza y la cultura, Machado ha llenado las cárceles de escritores, profesores y hombres de ciencia, ha impedido por largos días la publicación de los primeros periódicos del país, ha clausurado la Universidad, las Escuelas Normales y los Institutos de Segunda En-

señanza. Sin publicaciones y sin centros docentes, Cuba sufre hoy el momento más doloroso de su vida social.

Si quien maltrata la dignidad del ciudadano y la del hombre, quien persigue al intelectual como a ser nocivo y despreciable, recibe, en el seno de una nación de hermosa tradición jurídica y probada sensibilidad civil, el homenaje de la perpetuación; si los escritores, hombres de ciencia y profesores de España, no impiden la erección en Madrid de la estatua al General Machado, habrá que reconocer tristemente que nada es todavía la conciencia universal que debe hacer del hombre de pensamiento velador y defensor de los altos intereses humanos. Sabedores de lo que ustedes significan en el seno de la sociedad española, va nuestro más esperanzado ruego porque, poniendo a contribución el adecuado esfuerzo, eviten que, al glorificarse en España una gran injusticia momentáneamente triunfante, España y Cuba sufran afrenta igual.

Muy cordialmente de ustedes,

Fernando Ortiz, Juan Marinello, Herminio Portell Vilá, Henry Salazar, Jorge Mañach, Agustín Acosta, Emilio Roig de Leuschenring, Raúl Roa, Rita Shelton, José M. Irisarri, Pablo de la Torriente Brau, Juan Antiga, Pedro López Dorticós, Manuel Bisbé, Mariblanca Sabas Alomá, Tomás Castañeda Ledón, Ofelia Rodríguez Acosta, Flora Díaz Parrado, Conrado W. Massaguer, Gustavo Aldereguía, José Z. Tallet, Otto Bluhme, Virgilio Ferrer Gutiérrez, José Hurtado de Mendoza.

Por el Directorio Estudiantil:

Manuel A. de Varona, Roberto Lago Pereda, Carlos Guerrero Costales, Ramón Miyar, Carlos Prío Socarrás, Raúl Ruiz, Manuel Guillot, Porfirio Pendás, Carlos M. Fuetes, Fernando López Fernández, Ramiro V. Daussá, Rubén León, Rafael Escalona, Aureliano Sánchez Arango, Jesús Menocal, Silvia Shelton, Zoila R. Mulet, Calixta Guiteras, Clara Luz Durán, Sara de Llano, José Morell Romero, Inés Segura Bustamante, Silvia E. Martell.

G l o s a s

= De A B C, Madrid =

Sacudida.—Dan ganas, a veces, de tomar uno a uno a todos los hombres de gobierno, a todos los conductores de opinión política de Francia, de Italia, de España, y sacudiéndoles a la violenta como hace bombero con durmiente pertinaz, insensible todavía a los signos del incendio, cuando tal vez ya operan sus efectos de asfixia, gritarles: «¡Eh, arriba! ¿Pero estáis locos, o sois ciegos y sordos, o qué? ¿No os dáis cuenta de lo que pasa? ¿No descifráis la unidad de sentido de las manifestaciones que a vuestro alrededor se multiplican? ¿Tan distraídos estáis, que podéis entreteneros, sumidos en una especie de pesadilla de burócrata, en descifrar, traduciéndolo a minucias, el alcance de la nueva unión aduanera austroalemana? ¿Tan suicidas, que podéis regocijaros—¡oh, bien pálidamente, por otra parte!—ante este esbozo de alianza y consorcio que hoy se dibuja entre los pueblos del Norte europeo—Suecia, Noruega, Dinamarca, Holanda,

Bélgica—, como si sus resultados posibles sólo pudiesen contrarrestar los de la colaboración germánica? Y de Atenas, de la vieja Bizancio—que casi pudiéramos llamar hoy rediviva—, y del mundo de los Soviets, ¿no os llegan noticias, no os llegan señales? ¿Vuestro sueño no ha desgarrado sus velos oscuros aún para abrir vuestra conciencia a esta verdad—clave única de manifestaciones tan distintas y aparentemente tan dispersas—, a esta verdad de historia, de la historia que estamos angustiosamente viviendo: *Ya no hay naciones...*!

Una me queda dentro. Tengo para mí que un hombre entre los vuestros, Francia, Italia, España, entiende todo esto, lo ve claro, ha previsto el curso de los acontecimientos, calcula y prepara su intervención y la de su país en el nuevo drama continental. Si he dicho un hombre—un hombre de gobierno, naturalmente—, si añado que se trata de alguien de talla excepcional, sobrenacional, im-

perial, ya, Francia, Italia, España, entendéis quién es... Pero el *duce* guarda su secreto. Yo no tengo las mismas razones para guardarlo. Me autoriza, al revés, a decirlo, mi nivel de hombre de la calle; quizá me obligue mi función de hombre de la escuela.

Ya no hay naciones.—No, no tengo por qué callar la evidencia que la realidad circundante me impone de que la idea nacional, el principio de nacionalidades, la afirmación jurídica y práctica de la independencia y aislamiento de las entidades llamadas «Naciones», con su órgano estatal expresivo, con su contorno de actuales fronteras, *ha caducado*, ha perdido cualquier virtud, no sólo en el terreno de la teoría—donde hace tiempo venimos combatiéndolo y anunciando, a la vez, su muerte—, sino en el de la realidad política más concreta. *Naciones*, naciones tal como las concibió la Revolución, tal como las plasmó el siglo XIX, ya casi no quedáis, Francia, Italia, España, más que vosotras. Quedáis, con toda la inferioridad, con toda la debilidad que esta permanencia, ya anacrónica, significa. Quedáis como, en el siglo XVI, en pleno Renacimiento, quedaba tal Ducado suelto, tal Electorado fósil ya, tal entidad feudal recalcitrante, cuando las demás ya se habían absorbido en las grandes Monarquías unitarias, cuando ya el particularismo había cesado, precisamente para engendraros a vosotras, Naciones.

La Edad Moderna os preparaba. (Antes, en la lejanía secular, os había soñado—yo mismo lo he demostrado alguna vez—Juliano el Apóstata, patrón de todo el nacionalismo.) La Edad Moderna os preparaba, la Revolución os definía—aplicación como sois de la tesis del individualismo a la vida de las sociedades.—El Ochocientos ha sido vuestra primavera y vuestro verano. Hoy, vuestra hora pasó.

¿Ha tomado acaso vuestro molde, ha tomado acaso estructura nacional, esta inmensa República de los Soviets, que tanto pesa en los destinos de todos? Inglaterra, ¿no afirma, cada día más decididamente, un contorno imperial, a medida, precisamente, que se ve obligada a albergar en su seno, no ya colonias o provincias, sino Estados autónomos? ¿Ni qué diferencia habrá, en este respecto, entre la Gran Bretaña y los Estados Unidos? El Tratado de Versalles pretendió reducir a Alemania a un contorno estrictamente nacional; hela aquí, empero que desborda el molde. Hela, aquí, dando, con el nuevo *Zollverein*, el primer paso hacia la vasta imperialidad nueva. Ni siquiera estas pequeñas nacionalidades, en que el nacionalismo creyó encontrar su tipo canónico, escapan, ya hemos aludido a ello, a este impulso de superación. Las líneas de un Imperio inédito se dibujan cuando los tres pueblos escandinavos, y los que, en otros tiempos, habían constituido los Países Bajos, entran hoy en colaboradora alianza. En cierto sentido cabe decir que, en la gran mutación actual, ciertas pequeñas nacionalidades reproducen, al unirse así, la actitud que, a fines de la Edad Media, a